

Ya lo indica la expresión griega: Los altares teñidos de sangre. ⁽¹⁾

Aquello era sin duda una degeneración terrible de las religiones, pero esa degeneración no es peor que su vuelta al paganismo; el nacimiento de éste y la aparición de sacrificios humanos ocurrieron al mismo tiempo, estando unánime la antigüedad en decir que datan los dos de la desaparición de antiguas religiones mejores, y de haberse introducido la creencia en Moloch y en Kronos ó Saturno.

Por consiguiente, donde quiera que examinemos el paganismo, sea en el refinamiento exquisito de los griegos ó en las deformidades más horribles entre los antiguos bretones, ó entre los caribes, siempre le encontramos íntimamente unido á los sacrificios, pareciendo inútil toda tentativa de abolirlos durante la época en que tuvo aquél vigorosa vida. Verdad es que un siglo antes de Jesucristo prohibió el Senado las atrocidades de los sacrificios humanos; pero ¿qué resultado podían dar semejantes disposiciones cuando los mismos que daban las leyes eran los primeros en violarlas? Hasta que otro espíritu, el espíritu de humanidad, reinase en el mundo, esa inhumanidad no podía desaparecer; pero ese espíritu sólo nació un siglo después, en Belén, y pasaron todavía siglos antes que adquiriese en el mundo la influencia que permitió á Adriano mandar que cesaran á lo menos los sacrificios humanos que eran practicados y confesados en público; ⁽²⁾ pues en tiempo de Tertuliano todavía continuaban privadamente, ⁽³⁾ no obstante la pena de muerte decretada por Tiberio contra sus autores: hasta tal punto se había identificado con las antiguas religiones esa negación de la naturaleza.

Pero el mundo supo muy bien compensar aquella pér-

(1) Hermann, *Gottendienstl. Alterth. der Griechen*, (2) II, 167.

(2) Eusebio, *Præp. evang.*, 4, 16, 17 (p. 156, b. 164, d.). Porfir., *De abstinent.*, 2, 56.

(3) Tertuliano, *Apologet.*, 9.

didada con el auge que tomaron los combates de gladiadores. César se había satisfecho con 640 campeones; ⁽¹⁾ pero el justo y benigno Trajano sacrificaba 10.000 de una vez á la curiosidad del pueblo; necesitaron ciento veintitrés días para degollarse. ⁽²⁾ Se les cebaba como animales para darles extraordinaria fuerza, ⁽³⁾ y ponerlos así en estado de distribuir vigorosos golpes, de recibirlos, y de prolongar á los asistentes las delicias de aquella fiesta sangrienta, porque el pueblo jamás se saciaba de ese divertimento horrible. En ninguna parte se veía tan considerable muchedumbre de gentes de toda condición, sexo y edad como la que se apiñaba en aquellos juegos. ⁽⁴⁾ Hasta sucedía á veces que el pueblo arrebatase un cadáver de su lecho mortuario, y no le devolviese á la familia sin la garantía de dar una de esas representaciones sangrientas. ⁽⁵⁾

Herodes Agrippa importó en Judea esa costumbre terrible ⁽⁶⁾ cuando quiso introducir las demás prácticas religiosas paganas, convencido como estaba de que eran cosas inseparables. Cada vez que en los siglos siguientes revivió la llama expirante del paganismo, en tiempo de Heliogáballo, ⁽⁷⁾ de Valerio, ⁽⁸⁾ de Aureliano, ⁽⁹⁾ siempre se vió revivir también su antigua inclinación al homicidio. Cuando Juliano el Apóstata hizo la última tentativa para devolverle la dominación del mundo, aparecieron de nuevo los sacrificios humanos en su aspecto más horroroso. ⁽¹⁰⁾

Así, pues, desde los primeros y mejores días de su vida hasta su último suspiro, y la historia de los mártires suministra un testimonio excelente, el paganismo estuvo ligado estrechamente á los sacrificios humanos, porque éstos

(1) Suetonio, *Domitian.*, 4.

(2) *Dio Cassius*, 68, 15.

(3) Tácito, *Hist.*, 2, 88. Tertuliano, *Pall.*, 4. Plinio, *Hist. nat.*, 36, 69.

(4) Cicerón, *Pro Sextio*, 59, 124, 125.

(5) Suetonio, *Tib.*, 37.

(6) Flavio Josefo, *Antiquit. Jud.*, 19, 7, 5; cf. 15, 8, 1.

(7) Lampridio, *Heliogabal.*, 8.

(8) Eusebio, *Hist. eccl.*, 7, 10.

(9) Vopisco, *Aurelian.*, 20.

(10) Teodoreto, *Hist. eccl.*, 3, 26.

como veremos en seguida más detalladamente, están fundados en su naturaleza más íntima.

4. **Los sacrificios humanos son un signo de decadencia del sentimiento religioso y no de humanidad.**—No se nos objete que, en los últimos siglos antes de Jesucristo, fueron los sacrificios humanos suprimidos en muchos países. Lo sabemos, y aun admitimos que sucedió eso en muchos pueblos de la antigüedad, si bien no en los pueblos más civilizados: pero en nuestro concepto es fácil la explicación. Cuanto más retrocedemos en los tiempos antiguos, más vestigios encontramos de una religión seria. La diferencia entre los tiempos que nos describe Homero y los que describe Aristófanes, entre la época de Numa y la de Augusto, entre los días en que apareció el Rigveda y aquellos en que el rey Tschandragupta llenó el Occidente con la fama de su nombre, es evidente: cuanto más se avanza, se ve acentuarse más en los pueblos la desaparición del gusto por los sacrificios, y del sentimiento religioso. Los griegos inmolaban al principio cien toros á los dioses y nada reservaban para sí, pues quemaban la ofrenda entera en el altar: más tarde sólo ofrecieron á los dioses la piel, la grasa y los huesos de las víctimas; el resto lo guardaban para sí y lo consumían en festines. Tal es también exactamente el proceder de los Kamschadales y de otras tribus siberianas y negras; cuando ofrecen un sacrificio, lo disponen de modo que ofrecen á los dioses lo que ellos mismos no pueden comer, es decir, los huesos, las astas, los pezuñas, la cabeza, los intestinos, ⁽¹⁾ todo lo cual no es evidentemente señal de una perfección religiosa; luego si no encontramos esta perfección, sería evidentemente no juzgar con imparcialidad querer descubrir un progreso, una religión purificada, una humanidad más noble en la conducta de los buenos griegos, que sólo dan á los dioses lo que para ellos no sirve; y estamos para ello tanto más autorizados, cuanto que, contra su costumbre, hablan una vez sincera-

(1) Wultke, *Gesch. des Heidenthum*, I, 132. Tylor, *Anfänge der Cultur* II, 208, 378, 382, 384, 407.

mente en esta ocasión, confesando en la bella historia del sacrificio de Prometeo ⁽¹⁾ que es una pura engañifa para con la divinidad; tanta es su estimación á Júpiter. Dice Ferécates con amarga burla en nombre de los dioses: «Cuando nos ofrecéis sacrificios, tomáis lo mejor para vosotros; sólo nos quedan huesos raídos como se echan ordinariamente bajo la mesa á los perros; sin duda por eso ocultáis vuestra confusión en nubes de incienso». ⁽²⁾

Esa tendencia de espíritu explica fácilmente la desaparición progresiva de los sacrificios humanos. No se explica por aumento de los sentimientos filantrópicos, sino por la disminución del sentimiento religioso. Que se atribuya, pues, al Budismo el mérito de haber suprimido los sacrificios humanos, pero que nadie busque en ello un testimonio de su perfección religiosa; en realidad, el verdadero motivo es que se hizo demasiado débil para todo esfuerzo religioso serio. Una religión tan adulterada, si es aplicable al caso tal palabra, casi no puede, haciendo abstracción del horror á la efusión de sangre, ⁽³⁾ ofrecer en sacrificio flores, leche, té, confites y manteca; ⁽⁴⁾ en cuanto á elevarse hasta hacer sacrificios serios, no tiene suficiente energía el Budismo. También nosotros le aplaudimos por no haber ofrecido sacrificios humanos; pero sólo veríamos en eso un sentimiento religioso más puro, cuando él fuese un poco más religioso, y especialmente si tuviese en alguna mayor escala el sentimiento del sacrificio.

Entre los chinos descendió también el sacrificio al nivel de una diversión insignificante, siendo más dignos de censura porque no perdieron la idea de que debe ser un acto más serio. Cuando en ello tienen interés, cuando están abatidos por desdichas extraordinarias, ó cuando se ocupan en tratados de paz, ó en juramentos de gran importancia, entonces, hecho verdaderamente característico, tie-

(1) Hesiodo, *Theogon.*, 535 y sig.

(2) Ferécates, *Fragm.*, I. *Transfug.*, (Bothe, p. 87). Clem. Alex., *Strom.*, 7, 6, 30.

(3) Kœppen, *Religion des Budha*, I, 555 y sig.

(4) *Ibid.*, I, 560 y sig.

nen siempre sacrificios sangrientos como en los tiempos antiguos; ⁽¹⁾ pero, fuera de esos casos, creen que, en asuntos de poco interés, bastan, para los dioses, cirios, recortes de papel y bagatelas por el estilo. ⁽²⁾

En la India sustituyen hoy la carne con la leche, pero cuando se deja sentir una gran miseria, aparece de nuevo el sacrificio sangriento, como lo vió el mismo Anquetil. Verdad es que se hacen en pequeñas proporciones; colocan un pequeño trozo de carne en un pedazo de pan, ⁽³⁾ pero no impide eso que sea sangriento el sacrificio; también las imágenes egipcias, representando altares y sacrificios, dejan ver la mayor parte de las veces una insignificante ofrenda de carne, como perdida en medio de pan, de frutos y de flores. ⁽⁴⁾

¡Tiempo es ya de abandonar esas bellas frases respecto al progreso religioso en el paganismo! No es el aumento de civilización, de la moral, de la religión ó del sentimiento de humanidad la causa de la progresiva supresión de los sacrificios paganos, sino la decadencia del paganismo, que es homicida por su propia naturaleza. Todo esto sería muy plausible, si á lo menos hubiera desaparecido con aquel hecho el sentimiento homicida.

Desgraciadamente no fué así: desapareció el sentimiento religioso, pero quedó el humanismo que le estaba unido y contribuía á una mezcla tan horrible. En otro tiempo los atharvans ofrecían á Eran grandes sacrificios sangrientos, ahora les bastan la albura, el vino, las flores y los frutos. En vez de carne, le dan panales y arroz; ⁽⁵⁾ pero que nadie atribuya la cesación de sus sacrificios sangrientos á la dulcificación del carácter y al horror por la sangre derramada. Todo antes que eso.

(1) *Mémoires concernant l'hist. des chinois* (V. 55, n. 35). Moyriac de Mailla, *Hist. générale de la Chine*, VI, 224. Plath, *Religion und Cultur der alten Chinesen* (*Abhandl. der bayer. Akad. der Wissensch.*, IX, 3, 855, 865).

(2) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 64 y sig.

(3) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, III, 572.

(4) Uhlemann, *Ægypt. Alterthumskunde*, III, 193; IV, 186, 296.

(5) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, III, 577 y sig., 572

En los antiguos tiempos en que sacrificaban la sangre de hombres y de animales, eran los persas, cierto es, violentos, ⁽¹⁾ severos y crueles en sus castigos, ⁽²⁾ pero únicamente los aplicaban cuando lo pedía la justicia, y solamente en casos extremos; ⁽³⁾ después se convirtieron en absolutamente inhumanos. ⁽⁴⁾ En ninguna parte hablan las actas de los mártires de tormentos tan inauditos como los de allí; desollaban, serraban, aplastaban á las víctimas, las cortaban en pedazos. ⁽⁵⁾ Si, no obstante eso, se hacen todos los días más insensibles ante la sangre humana y los sufrimientos, y más avaros de la sangre ofrecida en los altares, no constituye esto una prueba de elevación del sentimiento, sino tan sólo un signo de la decadencia del celo religioso. Mientras que el paganismo conservó este celo, lo demostró con la práctica de atrocidades abominables y de irritantes inhumanidades.

5. En el sacrificio humano y en el suicidio se manifiesta especialmente el espíritu de completa rebelión contra Dios.—Sin embargo, no queremos acusar; más bien queremos explicar los hechos. Estamos en presencia de un enigma sombrío, lleno de horror y que, no obstante, es fácil de resolver. No hay mal completo ni error absoluto; no podría existir lo que fuese simplemente malo ó falso; para que una cosa exista, necesita á lo menos las apariencias ó un débil resto de verdad y de bien. Lo mismo sucede aquí. Como la religión, está fundado el sacrificio en la más íntima naturaleza del hombre; sin religión no puede existir la humanidad, como tampoco la religión sin sacrificio. Adorar á Dios con sangre, realizar con sangre el acto de la más santa elevación hacia el todo misericordioso; he ahí lo que

(1) Herodoto, 1, 89.

(2) Id., 7, 194; 5, 25.

(3) Id., 1, 137, 6, 30; 7, 194. Nic. Damasc., *Fragm.*, 132 (Müller, *Fragm. Inst. Cyr.*, II, 462).

(4) Teodoreto, *In Daniel*, 7, 5. Ammian. Marcel., 23, 6. Spiegel *loc. cit.*, III, 651 y sig.

(5) Teodoreto, *Hist. eccl.*, 5, 59 (38). Sócrates, *Hist. eccl.*, 7, 18. Sozomen, 2, 11, 13.

es contra naturaleza y señal de degeneración malsana. ⁽¹⁾

Si, á pesar de eso, los hombres en toda la tierra hacen que clame al cielo, no sólo la sangre de los animales, sino también su propia sangre, implorando misericordia, ¿se necesitarán más testimonios para demostrar que es aquel hecho la expresión de una necesidad generalmente sentida? ¿Será necesario demostrar á la humanidad todavía más detenidamente que el estado en que ahora vive es un estado contra naturaleza, y que, procediendo así, ha pronunciado su sentencia de muerte?

Pero los sacrificios humanos no son otra cosa que la firma escrita con sangre por la humanidad al pie de su condenación: «El día que comieres de este fruto, morirás». ⁽²⁾

El relato de los antiguos ⁽³⁾ diciendo que primitivamente los hombres hacían sacrificios incruentos, y que, sólo cuando advirtieron que no podían aplacar á los dioses con ellos, los hicieron con derramamiento de sangre, encierra un sentido profundo y se apoya en una tradición verdadera. Los Libros Santos cuentan exactamente lo mismo á propósito del sacrificio de Abel y de Caín. En el sacrificio sangriento, hay la confesión de que el hombre pecador que lo ofrece da él mismo su sangre á Dios y merece la muerte; mas, para hacer esa confesión, necesitaba una abnegación completa de sí mismo, y eso es lo que el hombre caído no podía hacer. Así fué cómo después de la caída, cual si viviera siempre en la mejor paz con Dios, y no como si hubiese emprendido con él una guerra á muerte, siguió ofreciendo el sacrificio pacífico que sólo podía ofrecer en el estado de inocencia. Pero no fué agradable al Señor ese sacrificio de inflexible arrogancia, é hizo sentir á la humanidad las consecuencias, no de la cólera divina, sino de sus

(1) Eusebio, *Præp. evang.*, 4, 14. Arnobio, 7, 16.

(2) Gen., II, 17.

(3) Platón, *Leg.*, 6, 22, p. 782, c. Aristót., *Eth.*, 8, 9 (11), 6. Plutarco, *Numa*, 8, 10. Porfir., *De abstín.*, 2, 5, 6, 7, 27, 34. Cf. Eusebio, *Præp. evang.*, 1, 9; 4, 14. Ovidio, *Fast.*, I, 337.

propias rebeliones, que ella negaba sin expiarlas. Entonces fué cuando, llena de confusión, aunque rebelde siempre, reconoció lo que no podía ya ocultar; pero imitó de nuevo á Caín, su modelo, y procuró anegar en la sangre de hombres extraños y en la de sus hermanos mismos su propia sentencia de muerte.

Fué un nuevo crimen; así una mala acción, si no se le pone coto, produce nuevos crímenes cada día. Sólo forzados por la necesidad, confesaron los hombres la cólera de Dios, pero dejando subsistir la causa que la había provocado; el espíritu de insubordinación y de glorificación personal. Y esta mala semilla produjo un nuevo fruto envenenado; los sacrificios humanos. No podían negar que habían merecido perder la vida; pero encontraban duro reconocer que no tenían el derecho de sacrificarla; realmente se oponía á ello la palabra de Dios: No eres dueño de la vida, ni de la tuya ni de la ajena. El hombre no quiso admitirlo, él, que lo había hecho todo para llegar á ser igual á Dios; porque habría necesitado deshacer lo hecho, y estaba muy lejos de abrigar aquellas disposiciones.

Quien cree ser como un dios, cree también tener derecho de vida y muerte. El suicidio, práctica la más abusiva del derecho de disponer de sí mismo, y el desprecio de la vida y de la sangre ajenas, están por esa razón fundados en la naturaleza del paganismo, es decir, en la completa rebelión contra Dios; por eso decíamos que renunciar á los sacrificios humanos equivalía á la supresión del paganismo.

6. Significación de los sacrificios de animales.—

Á pesar de eso, hay una verdad incontestable en el fondo de esos crímenes horribles; por el pecado comprometió el hombre su vida, y solamente puede conservarla cuando es aceptada otra vida en cambio de la suya; y como la vida está en la sangre, en ésta tienen sus raíces el castigo y la expiación. Sin efusión de sangre no puede haber remisión del pecado: ⁽¹⁾ pero el hombre no es dueño de la vida, de-

(1) Hebr., IX, 22.

biendo tener en cuenta además que no puede libertarse de la maldición por la sangre y la vida humanas, afectadas también de maldición.

Por eso Dios le prohibió derramar la sangre humana, ⁽¹⁾ y le dió al mismo tiempo, piadoso con él, pleno poder para ofrecer como expiación la sangre de los animales en vez de la suya propia. Abel fué quien ofreció, con sangre de animales, el más antiguo sacrificio de que habla la historia; y Dios miró con benignos ojos á Abel y su sacrificio, ⁽²⁾ no porque diese valor al don en sí mismo, ⁽³⁾ sino porque veía en él la confesión de su falta y un acto de obediencia á sus prescripciones. ⁽⁴⁾

Jamás perdió el mundo ese recuerdo, y en todas partes encontramos sacrificios de animales; aun en el paganismo, los sacrificios humanos vienen después que ellos, señal consoladora de que el error y la inhumanidad jamás pueden triunfar por completo. Al fin, la primitiva conciencia de las verdades religiosas y el recuerdo de lo que se había escuchado y creído en mejores días acabaron por manifestarse, explicándose de ese modo cómo pudo creer la humanidad que había para ella un auxilio en la sangre de los animales. ¿Cómo pudo surgir en su espíritu la idea de que fuese eficaz para ella la sangre de los animales? Sólo hay una manera de explicar esa sombría costumbre religiosa. Quien niegue esa explicación jamás comprenderá cómo un hombre, cómo la humanidad entera, podía hacer expiar sus pecados por la sangre de los animales. Es la profunda doctrina de la representación.

En todas partes, y siempre que se sacrifica animales, encontramos la opinión de que sustituyen á los hombres, que deberían ser las víctimas propiamente dichas; ⁽⁵⁾ por

(1) Gen., IX, 5, 6.

(2) Gen., IV, 6.

(3) Psalm., XLIX, 13.

(4) Psalm., XXXIX, 7. Hebr., X, 5. I. Reg., XV, 22 y sig. Eccl., 17. Eccli., XXXV, 2.

(5) Outram, *De sacrificiis*, 265 y sig. Lasaulx, *Studien*, 233 y sig., 255-259. Haneberg, *Die relig. Alterth. der Bibel*, (2) 420 y sig., 445 y sig.

eso entre los judíos, el pecador que hacía el sacrificio ponía las manos en la cabeza del animal, ante el altar, y confesaba así sus pecados; ⁽¹⁾ de ese modo transmitía su propio pecado al animal destinado al sacrificio, y se lo imponía en su cabeza. ⁽²⁾ No se podía expresar más claramente la representación; desde aquel momento, el animal era su segundo yo pecador; temiendo la muerte, le remplazaba ante el altar, considerado como la imagen de Dios. El pecador sacrificante debía experimentar un sentimiento de compasión, ⁽³⁾ cuando él mismo cortaba el cuello del animal que le sustituía, haciendo así de ese modo simbólico en sí mismo el acto del sacrificio. La misma representación encontramos entre los egipcios, siendo notable que pronunciaban una fórmula de maldición sobre la cabeza del animal cuando la separaban del cuerpo. ⁽⁴⁾

Había otra práctica aun más expresiva, que consistía en imprimir á la víctima designada un sello enrojecido al fuego, representando á un hombre de rodillas, con las manos atadas y en actitud de recibir el golpe mortal. ⁽⁵⁾

Los griegos tenían el mismo modo de pensar, como lo demuestra el sacrificio de Ifigenia, en vez de la que fué inmolada una corza. Verdad es que más tarde se amortiguó la idea de que los animales debían sustituir al hombre en los sacrificios; pero lo cierto es que en algún tiempo existió, originando la imitación de los sacrificios de animales. No bastaría, sin embargo, eso para explicar el sacrificio de un animal en vez del pecador; fácil es comprender que, en sí mismo, no sólo carece de valor tal sacrificio, sino que tampoco tiene sentido, á menos de relacionarlo con

(1) Exod., XXIX, 10. Levit., I, 4, 32; IV, 5; XVI, 21. Num., V, 6, 7. Bonfrère, *In Levit.*, I, 4; 6, 4. Wouters, *Dilucid. in Levit.*, c. 5, 2 (II, 237 y sig.

(2) Haneberg, *loc. cit.*, (2) 393. Thalsofer, *Das Opfer des Alten und Neuen Bundes*, 46 y sig.

(3) Thalsofer, *Das Opfer*, 53 y sig. Stœckl, *Das Opfer*, 248. Herzog, *Real Encyclop.*, (2) XI, 40 y sig. Schenkel, *Bibel Lex.*, IV, 364.

(4) Herodoto, 2, 39, 2, 3.

(5) Castor., *Fragm.*, 26 (Ctesias, ed. Müller, *Append.*, p. 181). Plutarco, *Isis et Osiris*, 31. Uhlemann, *Ægypt. Alterthumskunde*, II, 192.